

NEW LEFT REVIEW 130

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2021

ENTREVISTA

GUILHERME BOULOS Las luchas de los sin techo 8

ARTÍCULOS

ADAM HANIEH Imperio petroquímico 29

MAY INGAWANIJ *Noir* filipino 59

DAVID HARVEY Proporción y magnitud 79

CRÍTICA

JOEL ANDREAS Sendas no seguidas III

ROHANA KUDDUS Cómo explicar a Jokowi 123

DAVID SIMPSON Ir al grano 135

BEN JACKSON Titmuss en su tiempo 143

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



Ben Bland, *Man of Contradictions: Joko Widodo and the Struggle to Remake Indonesia*, Melbourne, Penguin Australia, 2020, 175 pp.

ROHANA KUDDUS

EXPLICANDO A JOKOWI

Joko Widodo, un pequeño fabricante de muebles de provincias convertido en presidente de Indonesia en 2014, fue acogido por la portada de la revista *Time* ese mismo año como «A New Hope» para el mundo». Jokowi había llegado al poder aupado por una oleada de promesas: gobierno limpio, mano dura contra la corrupción, una coalición parlamentaria «ligera» caracterizada por un mínimo regateo político, mejora del crecimiento económico y de las infraestructuras, facilitación del acceso a la asistencia sanitaria y apoyo a la educación. *Tempo*, el principal semanario de Yakarta, celebró la victoria con una foto de Jokowi bailando *mosh* en la redacción del periódico incluso antes de que el escrutinio hubiera quedado oficialmente cerrado. Quince años después del derrocamiento de la dictadura de Suharto en medio de la turbulencia generada por la crisis financiera asiática de 1998, ahora parecía que el control de los magnates y generales que habían cimentado su poder en Indonesia bajo el Nuevo Orden del dictador finalmente estaba debilitándose. Simbólicamente, el oponente derrotado por Jokowi en 2014 fue Prabowo, yerno de Suharto: un general millonario responsable de incontables atrocidades en Timor Oriental y de reprimir al movimiento democrático en 1997-1998. Sin embargo, cinco años más tarde, después de aumentar su mayoría en las elecciones de 2019, Jokowi nombró a Prabowo ministro de Defensa en un gobierno que presumía de tener a un conocido jefe de la policía como ministro del Interior, a otro general como ministro de Asuntos Religiosos, y a magnates de los medios de comunicación y las empresas tecnológicas al frente de la educación y las industrias nacionalizadas.

En Indonesia se han publicado numerosos libros sobre Jokowi, pero la mayoría tiende a la hagiografía; su autobiografía (obra de un escritor fantasma) es, naturalmente, una muestra de autosatisfacción. La obra de Ben Bland, *Man of Contradictions*, es la primera biografía que aparece en inglés. Bland, un antiguo periodista del *Financial Times*, posteriormente analista de política exterior y director del Southeast Asia Program en el Lowy Institute de Australia, se muestra crítico con este autobombo, pero también se niega a considerar a Jokowi como «un hombre que ha perdido su atractivo y ha vendido su promesa de reformas», considerándolo en vez de ello como una «figura enigmática», un manojo de contradicciones atrapado por las contradicciones históricas del país que gobierna: «Una nación que encanta, desconcierta y confunde en la misma medida». En otras palabras, en lugar de contar simplemente la vida de Jokowi, Bland quiere «utilizar el increíble cuento del pequeño fabricante de muebles de provincias convertido en dirigente mundial [sic] para arrojar alguna luz sobre la historia de Indonesia» y entender así hacia dónde se dirigen Jokowi y esta vasta nación archipelágica. Se trata de una ardua labor para completarla en menos de doscientas páginas, pero *Man of Contradictions* también puede decirnos algo sobre las ideas occidentales predominantes sobre cuáles son los «problemas» de nuestro país.

Al hilo de la discusión de los clichés que propagan los medios de comunicación —«un chico sencillo de una familia sencilla», «el contendiente desamparado» que creció en una choza a la orilla del río pero que podía «electrificar una campaña electoral sin hablar demasiado»— Bland conserva parte de las sandeces convencionales sobre los modestos orígenes de Jokowi, pero también proporciona suficientes evidencias como para descartarlas. Aunque Jokowi pueda no haber tenido la riqueza personal de los «cien mayores políticos y hombres de negocios de Indonesia», de ninguna manera fue un desamparado. Jokowi nació en 1961 en una agobiada familia de clase media en la ciudad provincial de Solo (Surakarta), en Java Central, donde su padre se ganaba la vida vendiendo muebles de bambú. Se licenció en Ingeniería Forestal en la Gadjah Mada University de Yogyakarta y trabajó en la fábrica de muebles de su tío antes de establecer la suya propia a finales de la década de 1980. Demostró ser hábil para obtener préstamos del programa de Suharto destinado a las pequeñas empresas y en 1991 era ya un habitual del circuito internacional de exposiciones de muebles. Para cuando sus amigos en Solo le estaban sondeando como posible candidato para las elecciones municipales de 2005, Jokowi ya era millonario —un rico «patricio en ascenso», en palabras de Bland—, mientras su mujer había abierto un gran salón de bodas que daba servicio a la clase empresarial de la ciudad, y sus hijos estudiaban en Singapur. Dos años después, Jokowi estaba levantando una empresa maderera en connivencia con el magnate y exmilitar Luhut Pandjaitan —un antiguo comandante, formado en Estados Unidos, de

los «Cazadores de Asesinos», un grupo de las fuerzas especiales de Suharto activo en Timor Oriental–, que ahora estaba ampliando sus intereses mineros y forestales. Luhut sería más tarde jefe de gabinete del presidente Jokowi, gestionando responsabilidades especiales sobre el comercio, las inversiones, la minería y la energía.

El estudio de Bland ofrece cierto antídoto contra los retratos y percepciones de los medios de comunicación –elaborados y perfeccionados durante años por el propio Jokowi– sobre las penurias que tuvo que superar el presidente en su camino a la cumbre. También acentúa correctamente que Jokowi disfrutó de la ventaja de parecer un personaje nuevo y fresco en un país donde la política ha estado dominada durante décadas por las familias de oligarcas y generales, que gestionan una Administración pública famosa por su absentismo y el incumplimiento de sus deberes. En Solo, Jokowi practicó el *blusukan*, un término javanés referido a la realización de controles improvisados y aleatorios: descendía con su séquito a un barrio de infraviviendas o a un mercado callejero para escuchar los problemas de la *wong cilik* –«gente pequeña»– y arreglarlos. «Muy delgado, tímido al hablar», con su típica exclamación de *kerja, kerja, kerja!* (¡trabajo, trabajo, trabajo!), durante sus siete años como alcalde de Solo, Jokowi explotó su personaje como hombre de acción popular. Bland muestra que, en vez de reformar el sistema municipal o reestructurar la burocracia, Jokowi impulsó persistentemente mejoras concretas y progresivas. Pese a todas sus limitaciones, fue una actuación que produjo dividendos electorales. En la campaña de 2012 para acceder al puesto de gobernador de Yakarta y en su salto a las elecciones presidenciales acaecido dos años después fue encumbrado por los medios de comunicación. Sin embargo, es importante señalar que el talento de Jokowi para el *blusukan* iba acompañado por su habilidad para reunir el apoyo de las elites locales y nacionales gracias a su capacidad para lo que Bland denomina la «política al por menor». Fueron estas elites las que le proporcionaron el capital y los contactos que impulsan la política electoral en la Indonesia posterior a Suharto. Cameron Hume, el embajador estadounidense en Indonesia, era otro fan del «dinámico e inmensamente popular» alcalde. Bland comenta secamente: «Esta facilidad para encantar a los extranjeros resultaría indispensable para Jokowi en momentos posteriores de su carrera».

Los métodos que Jokowi perfeccionó en Solo tenían un cierto encanto campechano y funcionaron relativamente bien en los primeros días en el seno de una ciudad de provincias. Siguieron siendo su procedimiento por defecto cuando pasó a actuar en el escenario nacional, pero por muy cuidadosamente orquestada que estuviera su actuación, el *blusukan* no servía como modo de dirigir a una población que se aproximaba a los 300 millones de personas o de dirigir un Estado federal con tres docenas de ministerios además de cientos de gobernadores, alcaldes y regentes de elección directa. Ya desbordado en

Yakarta, el planteamiento voluntarista y optimista de Jokowi se desmoronó en la política nacional. Actualmente, con una abultada coalición a su alrededor, ya no puede jugar la carta del personaje recién llegado. Bland señala que «las mismas facetas de su personalidad que le hicieron un alcalde tan bueno, finalmente limitarían su capacidad para impulsar los cambios radicales que Indonesia necesitaba». Las contradicciones existentes entre su imagen de hombre del pueblo y su dependencia del respaldo de las elites se volvieron «cada vez más evidentes»: no tenía ningún plan para gestionar las filas de «políticos, magnates y generales empalagosos que se alinearon a su alrededor», cuando sintieron que el poder cambiaba hacia un nuevo líder. *Man of Contradictions* se hace pocas ilusiones sobre Jokowi describiéndolo como una figura «pragmática» que «raramente ha mostrado mucha ambición o interés por la política» y que «a menudo actúa de puntillas, sin ninguna base analítica sólida». La razón de semejante miopía, en opinión de Bland, se encuentra en sus orígenes: «Si quieres entender a Jokowi el político, tienes que entender a Jokowi el fabricante de muebles». Su libro intenta utilizar este aforismo como clave para desentrañar el significado para la economía, la democracia y la política exterior de la década de Jokowi en el poder.

Previsiblemente, como un hombre del *Financial Times*, Bland diagnostica que Indonesia sufre el legado de la «hostilidad poscolonial al liberalismo económico», cuyos síntomas incluyen «un profundo escepticismo histórico» hacia las ideas occidentales de libre comercio. El recurrente pecado del país es el proteccionismo del que tienen la culpa la retórica de autosuficiencia de Sukarno y la base familiar de la economía tradicional. Inicialmente, Bland esperaba que Jokowi fuera un reformista liberal desde el punto de vista económico, que finalmente «pusiera el barco del país en el rumbo correcto». Confiesa su desilusión e insiste en que «el proteccionismo está arraigado en Indonesia mucho más profundamente de lo que les gusta admitir a muchos economistas», sosteniendo que también en este sentido los indonesios son contradictorios si es que no hipócritas: mientras se quejan sobre la importación de carne de vacuno extranjera, la prefieren a la del país. La búsqueda de Jokowi de inversión extranjera y la retórica de la autosuficiencia son expresiones de esta patología nacional. Bland proporciona una larga lista de cuestionables proyectos de infraestructuras bloqueados por una falta de coordinación entre departamentos gubernamentales, que se halla exacerbada por el «estilo de liderazgo *ad hoc*» de Jokowi.

Las tensiones existentes entre la democracia electoral y el «iliberalismo» se enmarcan en un argumento similar. Mientras alude a las intromisiones del presidente en la Comisión para la Erradicación de la Corrupción (KPK) y al creciente número de militares a los que ha recompensado, *Man of Contradictions* considera la significativa caída de Ahok —el sucesor de Jokowi como gobernador de Yakarta destituido con gran repercusión mediática

por las presiones islamistas— como la principal evidencia de una «creciente marea de autoritarismo». En opinión de Bland, «el intransigente pero efectivo planteamiento» de Ahok para dirigir Yakarta le puso en camino de ser reelegido en 2017 (de hecho, no accedió al cargo por elección, sino que lo ocupó cuando Jokowi saltó a la presidencia). Pero cuando Ahok —un chino cristiano en una ciudad de mayoría musulmana— hizo una referencia casual al Corán, el tema fue rápidamente explotado por sus oponentes. Cuando las protestas en su contra aumentaron en diciembre de 2016, el propio Jokowi se unió a ellas para «relajar» la situación. Bland sostiene que, al abandonar a su antiguo aliado, Jokowi dio crédito a las demandas de «extremistas intolerantes», lo que supuso una derrota para la democracia y el pluralismo en Indonesia. Ahok fue sentenciado a dos años de cárcel por blasfemia. Pero esto no equivale a decir que el propio fabricante de muebles haya pasado a ser ideológicamente autoritario: Bland afirma que Jokowi nunca ha tenido una filosofía política. Simplemente actúa movido por los vientos que se arremolinan a su alrededor.

Lo mismo sucede con la política exterior. Jokowi no se molestó en asistir a las reuniones anuales de la Asamblea General de la ONU durante su primer mandato —en opinión de Bland, prefiere las cumbres del G20 y del APEC, todas ellas centradas en los consabidos acuerdos comerciales y de inversión, mientras que la ONU espera que sus miembros cumplan con sus aportaciones— y «no tiene ninguna idea sólida sobre el rumbo que debe seguir Indonesia». Jokowi, que se ha topado con sucesivos dilemas de política exterior y ha adoptado un enfoque «disperso» en las tensiones en el Mar del Sur de China, carece de cualquier sentido de gran estrategia. Pero de nuevo aquí su gobierno refleja las contradicciones de la historia de Indonesia posterior a la independencia. Bland señala que, como Sukarno, Jokowi habla de la autosuficiencia de Indonesia —«tenemos los recursos naturales y los recursos humanos, todo lo que necesitamos es una buena gestión»— mientras utiliza la política exterior para atraer la inversión. Favorecer al que promete «mayor capital y menos condiciones» lleva a estrechar lazos con China en un momento en el que Estados Unidos está «desesperado» por tener socios regionales. El resultado de la perspectiva incoherente de Jokowi es «una Indonesia que desconcierta alternando entre el nacionalismo y el globalismo».

Este es el balance final de *Man of Contradictions*: Jokowi ha convertido el crecimiento en el eje central de su administración, pero ha sido incapaz de armonizar la desesperada necesidad de inversión extranjera con una cultura de proteccionismo y escepticismo hacia la liberalización económica. Como «reformista democrático» se ha visto «atrapado entre la promesa de democracia y las profundas raíces del autoritarismo existentes en Indonesia». Ha reclamado tolerancia y diversidad religiosa, pero ha acabado «cooptando o siendo cooptado» por las fuerzas del islam conservador. ¿Cómo explica

Bland esta actuación? Lo hace esencialmente en términos de la *personalidad* transaccional de Jokowi y por extensión de la *cultura* de Indonesia: las contradicciones de Jokowi son las de su sociedad, con sus «raíces autoritarias y su promesa democrática».

Antes de abordar esta explicación, merece la pena presentar algunas de las limitaciones del análisis de Bland y la miope visión que revelan. Empezando con la economía, la crítica de la actuación de Jokowi como insuficientemente liberal no va acompañada por ningún interés visible sobre si ha sido socialmente responsable. Solamente el 20 por 100 de los indonesios gozan de «seguridad económica» y aunque el desempleo oficial ha descendido gradualmente, el subempleo sigue siendo general. Durante el mandato de Jokowi, los índices de crecimiento anteriores a la pandemia han oscilado en torno al 5 por 100 –más lento que Vietnam, Malasia o Filipinas, aunque mayor que el de Tailandia– y no han conseguido generar una creación de empleo aceptable. Por debajo de ello hay una tendencia que el liberalismo económico solo puede exacerbar. Desde la crisis financiera asiática de 1997-1998, la producción industrial del país se ha contraído, dejando de ser el motor del crecimiento o de la creación de empleo. Por el contrario, como señalan Muhtar Habibi y Benny Hari Juliawan en el *Journal of Contemporary Asia* (2018), la minería ha progresado y el número de licencias ha pasado de seiscientas en 1999 a diez mil en 2013, pasando a representar el 22 por 100 de las exportaciones.

Pero la minería también devora la tierra, lo que agrava la desposesión rural y la destrucción medioambiental, mientras contribuye solamente con el irrisorio 1,4 por 100 al empleo. Mientras tanto, los estudios del Banco Mundial y Oxfam señalan que la brecha existente entre los más ricos y los más pobres ha crecido más rápidamente en Indonesia que en cualquier otro lugar del Sudeste de Asia, dejando al país con la sexta peor clasificación en el *ranking* de desigualdad económica. El coeficiente de Gini superó el nivel del 0,45 en 2018. Bland admite que «decenas de millones de ciudadanos han quedado en el olvido» y que Indonesia todavía sufre elevados niveles de privación, pero semejante reconocimiento es marginal en su análisis. Igualmente, su condescendencia sobre el consumo de carne de vacuno del extranjero es increíble por sus premisas sociales: la carne de vacuno es una fuente de proteínas desmesuradamente cara comparada con el *tempeh*, el tofu, los huevos, el pescado o el pollo. El consumo de carne de vacuno en Indonesia está entre los más bajos del mundo. La OCDE reconoce que Indonesia consume solamente 2,4 kilos de carne per cápita anuales, comparados con los más de 18 de Australia y los 26 de Estados Unidos.

Man of Contradictions observa correctamente que Jokowi no tiene una «visión lúcida de cómo pretende rehacer la economía». Sin embargo, utilizar las lentes de la personalidad de Jokowi difícilmente explica por qué sus predecesores tenían problemas similares. Unas infraestructuras inadecuadas,

la enorme desigualdad y el «nacionalismo económico» ya eran una realidad en tiempos de Yudhoyono (2004-2014), a pesar de que todos ellos tienen personalidades opuestas, comparten la afición por los análisis estratégicos y se han beneficiado del *boom* de las materias primas. Más exactamente, ambos políticos son producto de la transición que siguió a la caída de la dictadura de Suharto, cuando –como sostiene Max Lane en *Continuity and Change after Indonesia's Reforms* (2019)– el régimen dictatorial fue reestructurado como un sistema multipartidista para asegurar la continuidad de las relaciones socioeconómicas heredadas del Nuevo Orden.

La exposición de Bland sobre la destitución de Ahok tampoco toma en cuenta las desequilibradas relaciones sociales que están en juego. No hay ninguna discusión sobre la manera en que el gobierno provincial de Ahok realizó cientos de expulsiones forzosas en 2015 y 2016, desplazando a más de dieciséis mil familias pobres según el informe *Seperti Puing* (Igual que la basura), del Instituto de Defensa Legal de Yakarta de 2016. Sin embargo, en medio de una enorme desigualdad y un elevado subempleo, esta fue una importante cuestión en los debates de las elecciones para gobernador de 2017. Bland no menciona que Ahok fue puesto en libertad pronto, o que Jokowi le nombró Comisionado Presidencial en Pertamina, la gigantesca empresa estatal del petróleo y el gas. El nombre de Ahok también estuvo circulando para dirigir el traslado de la capital del país desde Yakarta a una remota localidad en Kalimantan, el despilfarro de una «Jokopolis» imaginada por el presidente. El tratamiento que recibió Ahok no fue por ello una simple cuestión de que Jokowi abandonara a la deriva a un aliado para salvarse a sí mismo apaciguando a los religiosos conservadores. La insistencia de Bland en una narrativa que enfrenta el iliberalismo con el pluralismo desvía la atención de un modelo más general de agravios socioeconómicos ampliamente extendidos –una distribución de la riqueza cada vez más desequilibrada, una creciente desigualdad de los ingresos, un depredador patronazgo de la elite acompañado por un cínico transaccionalismo–, que requiere la amenaza de la coerción para su continua reproducción. *Man of Contradictions* también pasa por alto el movimiento –ya en marcha– hacia el «pluralismo represivo», donde en nombre de la tolerancia indonesia se pueden tomar las medidas securitarias más discriminatorias contra unos «islamistas» vagamente definidos, convertidos en un problema de seguridad nacional. Como analiza Greg Fealy en una reciente contribución en el *Bulletin of Indonesian Economic Studies* (2020), bajo la supervisión de Jokowi –sin duda distante– se han puesto en marcha esfuerzos más sistemáticos y de mayor alcance para combatir los peligros del islamismo «extremista» y del «radicalismo», la mayoría fuera del escrutinio público, incluyendo una vigilancia en la sombra y programas de investigación.

¿Qué decir sobre la explicación que ofrece Bland sobre las «raíces autoritarias» de la cultura indonesia? En la que quizá sea la frase más reveladora de

su libro, hablando sobre la transición posterior a Suharto, señala que «al optar por un proceso de cambio gradual desde dentro en vez de una revolución, Indonesia evitó un gran derramamiento de sangre y la extrema incertidumbre que hubiera acompañado a los esfuerzos para dismantelar verdaderamente el *ancien régime*». El suspiro de alivio casi se puede oír. En sus páginas no hay ningún atisbo de lamento ante las masacres de 1965-1966 sobre las que se construyó el Nuevo Orden, un derramamiento de sangre incomparablemente mayor que el que hubiera supuesto la limpieza de la escoria de la tiranía de Suharto. Desde luego, «el precio de una transición fundamentalmente tranquila y pacífica ha sido dejar a los personajes e instituciones de la era Suharto con un sitio en la mesa», lo cual no es motivo de preocupación, porque «lo que ha cambiado hoy es que, para poder ganar unas elecciones mayormente libres y justas en Indonesia, estos actores necesitan trabajar a través de políticos que tienen un verdadero atractivo popular».

En otras palabras, la constante mordaza sobre el pasado y la beatificación de los personajes e instituciones de la era de Suharto en el sistema oligárquico actual difícilmente constituyen un problema para la democracia en Indonesia, ya que han quedado cubiertos por políticos verdaderamente populares, elegidos, como Bland repetidamente recalca, con «una participación popular que haría avergonzar a las democracias occidentales». Ausente de esta agradable imagen queda cualquier atención sobre la maquinaria de las reglas electorales y las financiaciones de las campañas, sobre la intimidación social, la manipulación de la religión y la concentración de los medios de comunicación que, para la mayor parte de la ciudadanía, han despojado a las elecciones de su auténtico sentido. (Gran parte de esto está documentado en la obra de Ross Tapsell, *Media Power in Indonesia*, 2017). Para Bland, Jokowi es el ganador triunfante de «dos resonantes victorias en las mayores elecciones presidenciales directas del mundo: los pugnaces políticos no pueden ocultarse en Indonesia detrás del colegio electoral como sucede en Estados Unidos». Sin embargo, aunque Indonesia no tiene un colegio electoral como el estadounidense, sigue siendo un feroz sistema de financiación política disfuncional, de umbrales estrictos de nominación y acceso de los partidos, así como de personalidades e instituciones profundamente arraigadas en la era de Suharto; un escenario que favorece a los candidatos con amplios recursos económicos, amplia presencia en los medios y conexiones con el capital oligárquico. Bland admite que los partidos indonesios «funcionan mayormente como maquinarias para captar votos durante los periodos electorales y como máquinas clientelistas una vez que llegan al poder», pero cierra los ojos ante las fuerzas estructurales que gobiernan el carácter de la competencia entre ellos.

En vez de ello se contenta con la idea de que «descorazonadoramente para los observadores del exterior que buscan sencillos marcos analíticos, no existen líneas de división claras en cuanto a la ideología o la política. No hay una

división entre la izquierda y la derecha como vemos en muchas democracias». Sin embargo, por toda Asia, la desaparición de las divisiones entre izquierda y derecha –las diferencias se agrupan alrededor de conflictos dinásticos, comunales, regionales o entre facciones– es una característica de muchas sociedades, incluyendo sociedades democráticas, que sufren lo que Wang Hui ha llamado la «política despolitizada» (*NLR* 41) después de la traumática supresión de su pasado. Este es el caso en Indonesia, donde más de medio millón de personas fueron asesinadas, torturadas y condenadas al ostracismo en 1965 y donde cualquier debate sobre marxismo o comunismo sigue legal e históricamente prohibido, como sucede cada vez más ahora con cualquier crítica severa del gobierno. (El borrador de una revisión del código penal, *RKUHP*, conocida recientemente después de ser debatida en el Parlamento, contiene un artículo en el que se prohíben los insultos en público o en las redes sociales que «menoscaben la dignidad del presidente o del vicepresidente», con penas de hasta tres años de cárcel o 14.000 dólares de multa).

Bland menciona de pasada la prohibición anticomunista solamente para descubrir una «curiosa analogía» entre los miedos paranoicos de los militares indonesios y las alarmas de los partidos gobernantes en China y Vietnam sobre complots de «fuerzas extranjeras hostiles». Aunque del Instituto Lowy puede esperarse un eco de pasadas amenazas rojas, la xenofobia oficial evidentemente no se limita a los países comunistas. A medida que cada vez más países luchan para que la democracia vuelva a ser grande en medio de una creciente desigualdad, de un desempleo y un subempleo elevados, de una diversidad elevada a forma totémica y de protestas populares contra todo ello, pensar otra cosa es esconder la cabeza en la arena. *Man of Contradictions* no ignora algunas de las deficiencias de la vida política dentro de semejantes parámetros, pero en vez de desentrañar las fuerzas históricas que las determinan, Bland sugiere que la respuesta adecuada a Jokowi y a la sociedad que gobierna es «una fuerte dosis de realismo sobre la *naturaleza* tanto de Indonesia como del hombre». Aunque «militantes ingenuos de los derechos humanos» pueden haber interpretado la evolución de Jokowi hacia un hombre político transaccional carente de escrúpulos como una señal de «debilidad de carácter», Bland les responde que, como dijo Robert Caro refiriéndose a Lyndon B. Johnson, el poder revela la verdadera naturaleza de un político en vez de corromperlo (como decía Lord Acton). Sin embargo, ambas perspectivas –la ilusión que Bland desecha y la revelación que propone– cometen el mismo error de conceder demasiada importancia al carácter de un individuo al margen de las fuerzas políticas y económicas que rigen el ámbito de su acción. La consecuencia es sobreindividualizar y culturalizar los temas históricos que se están tratando. O en otras palabras: Jokowi es así y esa es la persona que la mayoría de los indonesios eligieron como su presidente. El realismo, desde esta perspectiva, nunca puede ser crítico.

Pero utilizar la óptica de la «naturaleza» de Jokowi para contar la historia de Indonesia tiene poco sentido. Bland parece pensar que el principal problema de Indonesia, tal y como la personifica Jokowi, es la creencia en que la democracia es una herramienta para el desarrollo, un «medio de facilitar beneficios sociales y económicos» en vez de un instrumento para «defender los derechos y las libertades civiles». A pesar de expresar su malestar ante semejante «perspectiva iliberal de la política», Bland recomienda no obstante a sus lectores que «es mejor reconocer esta compleja realidad que albergar expectativas poco realistas sobre transformaciones democráticas o temores infundados sobre un completo regreso a un gobierno autoritario». Sin embargo, *Man of Contradictions* hace pocos esfuerzos para explorar las complejidades que invoca. Fracasa cuando intenta explicar y situar este «giro iliberal» en su escenario histórico, caracterizado por desigualdades cada vez más profundas que alimentan una competencia creciente, redes clientelares y prácticas predatorias o transaccionales (véase, por ejemplo, el reciente análisis de Rachael Diprose, Dave McRae y Vedi Hadiz, «Two Decades of *Reformasi* in Indonesia: Its Illiberal Turn», *Journal of Contemporary Asia*, 2019). Tampoco considera el cuidadoso análisis de David Bourchier, *Illiberal Democracy in Indonesia* (2016), sobre la ideología del «Estado familia», que no tolera ninguna oposición, perfeccionado por Suharto. Bourchier también analiza el grado en que el fracaso para contener la corrupción, la desigualdad, la violencia y la intolerancia religiosa, desde la caída de Suharto ha alimentado anhelos para volver a abrazar no solo estilos de gobierno más autoritarios, sino también personajes e instituciones del pasado. Esta cuidada historización es ajena al modo de Bland del *soi-disant* realismo sobre la «naturaleza» aparentemente inmutable de Indonesia.

La utilización de la personalidad y la historia personal de Jokowi como un *passé-partout* para el país olvida no solo sus heridas socioeconómicas, sino la creciente utilización de fuerzas militares, de seguridad y judiciales para reprimir la disidencia y consolidar el poder y la corrupción de la oligarquía. Bland se muestra crítico con el creciente poder de los militares, pero dice poco sobre la policía. Sin embargo, junto a la guardia pretoriana de altos mandos militares de su círculo interno –generales como Luhut, Prabowo, Wiranto y Moeldoko, todos con infames historiales de barbarie– Jokowi no solo ha nombrado ministro del Interior al antiguo jefe de la Policía Nacional, Tito Karnavian, sino que un número sin precedentes de generales de la policía han ocupado puestos directivos en empresas públicas y organismos independientes del Estado, como la agencia anticorrupción, KPK, a pesar de su falta de cualificación para desempeñar esas funciones. En julio de 2020, Jokowi promulgó un decreto presidencial ordenando que la agencia de inteligencia, BIN, le informara directamente a él en vez de al ministro de Seguridad. El resultado de todo esto ha sido un previsible ascenso de la intimidación auspiciada por el Estado y de los ataques perpetrados contra los críticos del gobierno.

Respecto a Internet, las iniciativas del régimen incluyen el cierre, el hackeo y la infiltración en redes sociales y cuentas de correo, así como las prácticas de *doxing*. En un caso bien conocido, la cuenta de WhatsApp del investigador y activista Ravio Patra, fue hackeada y utilizada para propagar mensajes incendiarios, que después fueron el pretexto para su arresto y la confiscación de sus dispositivos. Desde 2019 estos sucesos se han vuelto cada vez más habituales. Grupos como Indonesian Corruption Watch y WatchDoc han visto como hackeaban sus cuentas sociales y de WhatsApp, mientras nuevos medios como TEMPO y Tirto.id han sufrido ataques a sus páginas web y la eliminación de sus artículos. En 2020 se aprobó una normativa para la regulación de Internet que exigía a las empresas que albergan redes sociales que accedieran a borrar contenidos considerados «prohibidos por el gobierno». También se ha producido un desarrollo progresivo de *bots* e *influencers* a sueldo, o «*buzzers*», para crear contranarrativas que manipulan las noticias y opiniones de modo favorable para el régimen. Desde finales de 2019, cuando crecieron las protestas contra el «Decreto de creación de empleo» –un conjunto de legislación reaccionaria aprobado a trompicones por el Parlamento en los días más agobiantes del verano– las organizaciones sociales y los *influencers* fueron requeridos por la policía y los servicios de inteligencia para que apoyaran el decreto y se desplegaron «cyberpatrullas» para controlar e impedir las protestas. Las universidades y los colegios fueron advertidos de que no dejaran que sus estudiantes y su personal se implicaran en ellas. Directivas similares se enviaron al mundo empresarial.

Cuanto más se prolonga la estancia de Jokowi en el poder, más evidente se vuelve la funesta combinación de décadas de malestar económico con su opción de atajar su falta de cualquier estrategia coherente, en medio de la pandemia y la recesión, mediante un poder ejecutivo cada vez más extenso que plantea en términos de seguridad nacional los problemas del país. Aunque muchos Estados han movilizado a sus fuerzas armadas para hacer frente a la COVID-19, Jokowi ha tratado la crisis de salud pública, y sus correspondientes problemas sociopolíticos, como cuestiones de seguridad que interfieren con su obsesión por el desarrollo económico. Los organismos militares y de inteligencia han recibido la orden de producir test clínicos y remedios para la infección a pesar de su falta de cualificaciones médicas. Mientras tanto, la legislación continúa ampliando los deberes de las fuerzas de seguridad para «aumentar la disciplina y la productividad nacionales».

Esta escalada de la represión ha resultado especialmente letal en Papua. Allí, la política de todos los regímenes indonesios ha sido siempre la misma: cooptar, dividir, diluir o aplastar la resistencia y llamar a todo eso «desarrollo». A pesar de sus frecuentes visitas y de los gestos iniciales de liberar a algunos prisioneros políticos y periodistas extranjeros, Jokowi no ha realizado ningún cambio fundamental en el tratamiento que Yakarta da a su posesión, donde las fuerzas

de seguridad a menudo han desobedecido las instrucciones que llegaban de la capital. Pese a todas sus declaraciones de buena voluntad, Jokowi continúa mostrándose relictante a comprometerse con cualquier mínimo diálogo sobre la larga historia de represión y violencia sistemática que ha acumulado Indonesia en la isla, quizá pensando, con la típica obstinación miope, que todo ello se desvanecerá una vez que las infraestructuras y la prosperidad aumenten, un planteamiento similar que sigue recurrentemente. Los frutos del continuo estancamiento y renuncia al diálogo político son evidentes: las tasas de homicidios y el nivel general de violencia, especialmente alrededor del área de Freeport, son mayores que en cualquier otro lugar de Indonesia. Cuando en agosto de 2019 estallaron las protestas en Papua, después de los ataques de la policía y grupos de derecha a los estudiantes de Surabaya, miles de agentes de seguridad y matones militares fueron soltados en las dependencias universitarias, Internet quedó clausurada y los colegios fueron cerrados, todo lo cual dejó un saldo de al menos treinta y siete estudiantes muertos. Este año, con un conflicto intensificado por el asesinato de un alto oficial de seguridad indonesio, Jokowi designó al movimiento por la independencia de Papua, TPNPB-OPM, como una organización «terrorista» y ordenó mano dura, cortando los servicios de Internet en la capital con el pretexto de la rotura de un cable submarino.

De hecho, en vez de domesticar al «pulpo de la oligarquía», Jokowi se ha introducido él mismo cada vez más profundamente en la enredada trama de los tradicionales aparatos del ejército y la policía, en las maniobras de la elite y en la política transaccional. Bland señala que nunca fue su intención reinstalar las estructuras y prácticas del Nuevo Orden de Suharto; simplemente ha recurrido a cualquier palanca del poder que pudiera ayudarle a alcanzar sus «principales obsesiones»: la economía, las infraestructuras y su cuenta personal de capital político. Actualmente, sintiendo quizá que no puede esperar cumplir su misión antes del final de su segundo mandato, ha empezado a reproducir las tradiciones dinásticas de la política javanesa llevando a familiares y amigos a posiciones de poder, como trampolines para futuros ascensos. Sus partidarios ya están explorando la posibilidad de ampliar su mandato más allá de sus límites constitucionales. Bland enmarca *Man of Contradictions* con citas extraídas de las reflexiones de Benedict Anderson, quien afirma que el pensamiento político tradicional javanés da prioridad a la acumulación del poder, no a su utilización. Pero, finalmente, ¿para qué es todo este capital político acumulado? ¿Dónde está, en las ambiciosas palabras del subtítulo de la obra de Bland, la lucha por reconstruir Indonesia?